

# LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

*Año X*

*Barcelona, 8 de Junio de 1899*

*Núm. 446*



HEMEROTECA  
MUNICIPAL  
MADRID



*Después del baño.*





## Coche parado

Había en una extensa ciudad de cierta república, allá por los años en que jugueteaban las ninfas graciosas, embelleciendo con su donaire á la Naturaleza, y justamente cuando perdió el olfato el nieto de aquel gigante Neroni, de quien no habla la Historia, había, digo, un poeta, cuyas concepciones sublimes no han llegado á la posteridad, en gracia á que él no las escribió tampoco.

Rasgo de que se hace ahora mérito, para ver si encuentra imitadores.

Pues el tal vate, á quien según la fama no hubo ocasión de decirle «vete», no acudía á saturnales, bacanales y demás fiestas públicas, ni se le veía entre doctos, ni asomaba las narices por sitios donde pudiera constiparlas el aire de los hombres, que ya por entonces eran tan vanidosos como lo son ahora.

No tenía amigos, pero con esto y con no escribir una palabra más alta que otra, se evitó tener enemigos, que es la forma de transmigración de la amistad, conforme á lo dicho por Pitágoras, según las notas eruditas que está recopilando el general Ottis en el Archipiélago.

¿Pues cómo, dirán ustedes, sabían en aquella ciudad de la república que el tal era poeta? ¡Bah! como sabemos ahora que Durán y Bas es ministro, y otro si Pidal teólogo: porque lo dicen la *Gaceta* y las gentes. ¿Están ustedes seguros de distinguir entre las gracias y los ripios de Felipe Pérez y González, á quien ya tuve el gusto de preguntar el año 93, si se ponía en mangas de camisa para componer sus versos? Tiene él de cómico lo que tiene Silvela de milite: el lastre.

Volviendo á mi cuento, creció tanto el renombre del ilustre que la plebe le aclamó en cierta solemnidad, presentándose tumultuosamente delante de las esteras de su casa. ¿Qué había hecho el vate para despertar entusiasmo loco en la muchedumbre? Hay una gran laguna en la Historia (como dicen los historiadores baratos, sin filosofía, de lance) y los códigos antiguos no rezan sinó, que el héroe era muy aficionado á rascarse la nariz y á darse golpecitos en la barriga: puede presumirse que la manifestación le pilló roncando, por ser en la hora de la siesta, y por tanto, hora intempestiva para los predilectos de Apolo, que suelen tener la digestión penosa y difícil. Pero si dormía y le despertaron los gritos y los vitores, está probado que no cambió de postura. No bailan todos en este mundo como Romero Robledo, al son que tocan.

En vista de que el genio no daba *fe de sí*, como la da Polavieja, pongo por *perenne* comparación, comisionóse á tres barbiantes, de los más *oratorios*, para que se pusieran al habla con el de la armonía imitativa y las rayas cortas. Entraron un amolador (¡ajo! no soy amante de anacronismos), un peluquero y un pinche de cocina, que siempre la plebe fué discreta en la elección de cargos, y encarándose con mi hombre, le expusieron las *aspiraciones* de sus conciudadanos, las cuales aspiraciones no eran sinó llevarle al templo en triunfo, para que le coronara el Cónsul.

—Pídeme la cabeza, pero no que me lleven en hombros—contestó el poeta al amolador.

—Tu cabeza es preciosa,—observó el peluquero.

—¿Tienes miedo de que te estropeen el manto?—añadió el pinche de cocina.

—Nó, porque estoy en calzoncillos.

Los calzoncillos ya eran de uso corriente en aquella época, digan cuanto quieran los sabios, y se comprende, puesto que no se llevaban pantalones. Las túnicas no bastaban para garantizar el decoro, la moralidad y demás prendas menores del trato común.

—Mira, poeta—replicó el amolador, que era una especie de Sagasta deteriorado, en lo de llevar la voz cantante;—te consumes en la soledad; la soledad, según dice Baco, es como el orín: no se te ve por ninguna parte, no vas á ninguna parte; no tomas parte en nuestros regocijos y en nuestras juergas, y tú no eres tú, siendo tú, olvidando que no te perteneces, pues perteneces al pueblo, perteneces á los Dioses.



El peluquero y el pinche de cocina fueron doblándose, doblándose, hasta quedar en cuclillas: tal era su asombro y tan grande su admiración; y como así no tenían firme y seguro el centro de gravedad, tumbos de espalda esta frase del poeta:

—Anda, perro, y ladra en la puerta del vecino.

Fué dar en piedra cuanto se hizo para convencerle. A la postre, cansado el vate repuso:

—¿Para qué venir ofreciéndome lo que tengo en casa? ¿Queréis que me divierta, que vaya con vosotros á ser un espectador más de la imbecilidad humana? ¿Qué necesidad tengo de ello? Cerrando los ojos, veo desfilar por mi imaginación cuantas ceremonias y locuras hacéis en los templos, en los pórticos, en las calles. Mi casa es un coche parado: id y contestad á la muchedumbre que me deje en paz; que no quiero confundirme con ella.

Y aquí acaba el cuento, porque el pergamino donde yo le hallé, debió pertenecer á Cánovas en su juventud y está roído por las ratas.

No se sabe, pues, si el poeta en cuestión acabó por ponerse la clámide; pero no importa. El final es substancioso y expresivo, y se presta á distintas interpretaciones, igualmente sabias. Lástima grande es que muchos de nuestros políticos, no tomen de memoria la moraleja y la apliquen á los actos de su vida: hacen ellos todo lo contrario de lo que hizo el vate; algunos se han empeñado ahora en confundirse con la plebe, con la multitud: valdria más que continuaran en calzoncillos.

Silvela, por ejemplo, ha tomado tan por lo serio su papel de regenerador, como los yankees su improvisada tarea de conquistadores: Dios quiera que no haga también atrocidades, y que eso que dice de transformarnos, de transformar al país, no sea como lo otro de los Mac Kinley y los Sherman, en punto á dar la independencia á los *pobrecitos* y *oprimidos* súbditos de las Colonias: que antes los aniquilarán como aniquilaron á los pieles rojas: con lo cual será cierto que se queden los tagalos tan libres, como los pájaros que vuelan por el aire.

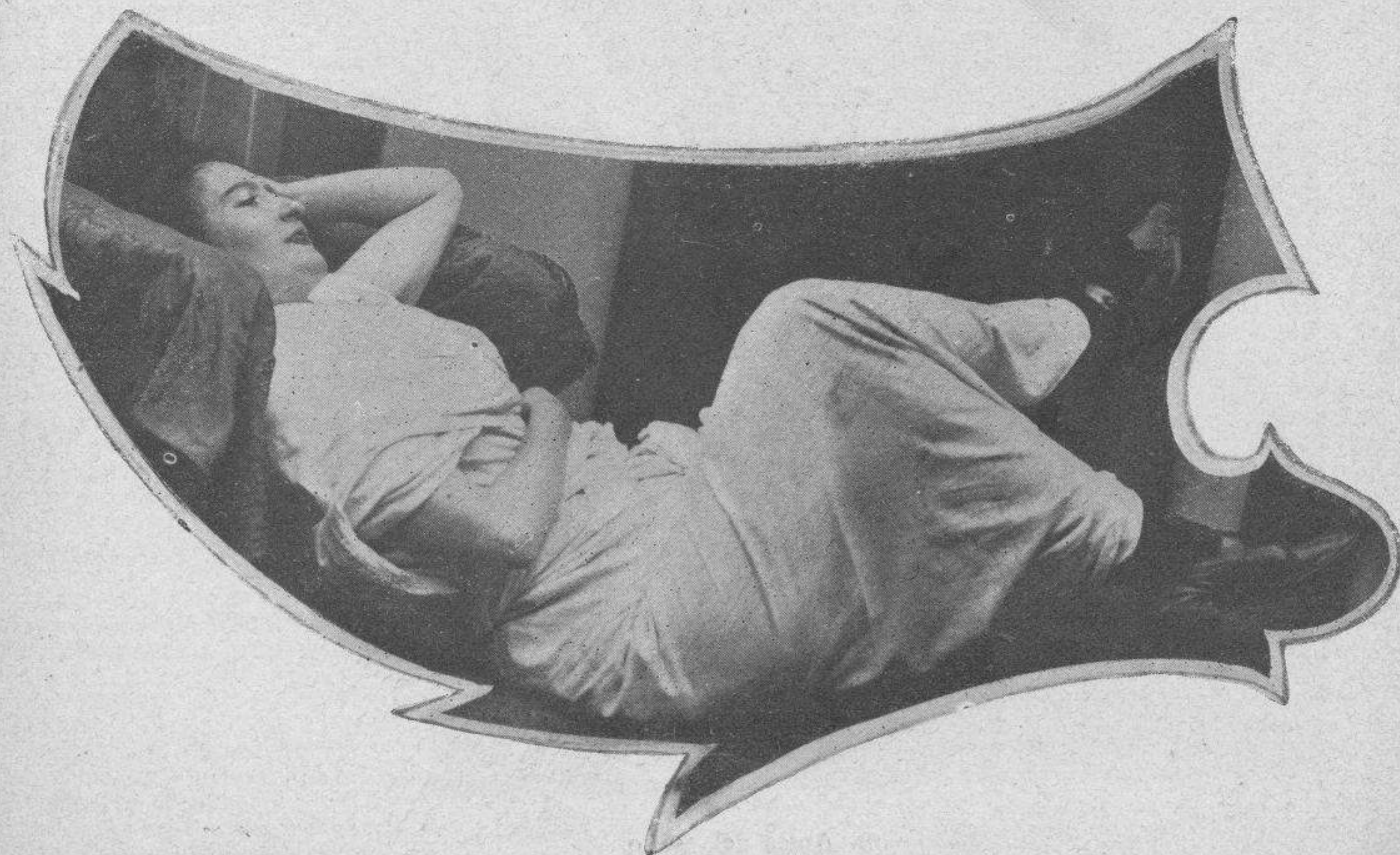
Otro que bien las peina es Gamazo. Ahora salimos, ó sale él, con que se nos han de inculcar, ó cosa así, los deberes á que nos sujeta la fatalidad de ser pueblo. Muchos deberes, muchos deberes, si queremos salvarnos. ¿Salvarnos de qué? ¿del diluvio economista regenerador y tal? Y todos esos señores que tiran á diputados y á ministros, con más recetas en el bolsillo que un boticario en su cajón ¿qué vienen á ser? ¿Pueblo también?

Se me figura que nó: que hacen como el poeta de marras: hacen por quedarse solos para no confundirse con la plebe, y son tales, que no les falta el correspondiente coche parado.

Así ha visto desde él Gamazo, que Castelar se llevaba á la tumba el corazón del pueblo y Silvela, también desde el suyo, tiene visiones de profeta, ¡ay! Pero se me figura que se equivocan, como se equivocaba aquel célebre doctor, cuando buscaba el corazón de un paciente hacia el costado derecho.

A no ser que los políticos, que son el mismo demonio cuando se lo proponen, hayan convenido además en que de hoy en adelante haya dos corazones.

CLAUDIO UGENA



Fot. Stebbing.





Antes del asalto.



## Almas distanciadas

*Despacho del rico banquero GUILLERMO STRAT. Muebles lujosos y de severo gusto. Son las 11 de la mañana; el banquero examina la correspondencia. Más tarde y cuando el diálogo lo indique entrará su mujer. Esta es bonita, elegante y más joven que él. Se llama GABRIELA.*

GUILLERMO (*leyendo*).—«por lo tanto, le ruego me diga si debo comprar esos valores, etc...», contestaré que sí; ese papel es seguro (*coge otra carta*) de Ricardo... ¡lo de siempre! alabanzas de su vida presente y ponderaciones acerca de su ventura doméstica. ¡Pobre chico! Retirado en el fondo de su provincia, ha huído de la lucha, dejándose ganar por la placidez del campo y la sencillez de la aldea; ¿quién sabe? tal vez tenga razón. tal vez exista allá la verdadera felicidad, ese fantasma que aquí, en medio de las pasiones y los enconos, pretendemos conquistar todos; ya le contestaré. Veamos esta carta cuya letra no conozco (*abre una y a la lectura de los primeros renglones se observa en él profunda impresión y ademanes de cólera*). ¡Imposible! Gabriela es honrada ¿engañarme á mí? nó, no puede ser; esto es infame, mentira que voy á... (*llamando*). Sí, que venga ella y entre los dos tal vez demos con el nombre del infame impostor (*á un criado que entra*). Pase usted á las habitaciones de la señora y dígame que le ruego venga en seguida (*sale el criado*). Así, porque es imposible que ella, mi mujer... pero... ¿y si...? Nó, no puede ser; ahora mismo va á decirme lo que tengo necesidad casi de oír, pues me consta Sentirá más cólera que yo, viéndose difamada...

GABRIELA (*entrando*).—¿Me llamas, Guillermo?

GUILLERMO.—Sí, Gabriela, ven; quiero hablar contigo; tengo algo importante que decirte.

GABRIELA.—Aquí me tienes.

GUILLERMO.—Ven, siéntate cerca, á mi lado. Mira, ahora al revisar las cartas, hallé una, que semejante á una víbora se deslizó hasta aquí, para depositar su veneno en mi alma; ésta... ¿ves? Un pedacillo de papel, en que parece imposible puedan contenerse muchas maldades; pues, sin embargo, esta hoja acaba de decirme á mí, cara á cara, una cosa que, por inicua é infame, no le hubiera tolerado á ningún hombre y he tenido que tragármela.

GABRIELA.—¿Pero que es, una mala noticia, algún negocio?...

GUILLERMO.—Nó; en esta carta me delatan un crimen, te acusan de que me engañas, de que haces traición á nuestra honra.

GABRIELA.—¿... Yo?...

GUILLERMO.—... que tienes un amante. ¡Mira qué iniquidad!

GABRIELA.—¡Yo..., tú, es decir, tú no lo creerás!

GUILLERMO.—Ni por un minuto, lo desprecio, pero necesito que aquí, á mi lado, así, cogida tu cabeza

entre mis manos y mirándonos cara á cara, me digas que eso es absurdo; que tus ojos me lo indiquen; que la limpidez de tu mirada, sea la negativa más honda y pura que pueda oponerse á ese infame anónimo; quiero que tú, la madre de mis hijos, me digas, jurando por ellos... ¿Qué?... ¿qué es eso? ¿por qué bajas la frente?... ¡Dios mío! ¡Gabriela! ¡mírame!... dime que... ¿eh?—¡ah, miserable! ¡la carta no mentía!

GABRIELA (*levantándose asustada*).—No, Guillermo, yo te diré...

GUILLERMO.—Nó, no digas nada; no hace falta, bastante has hablado con tu turbación y tu silencio.

GABRIELA.—No creas...

GUILLERMO.—¿Qué no? Confésalo, pues; ya no me producirá tanta impresión; he visto pasar por tu mirada el relampagueo del crimen y ya casi no me asusta tu confesión. ¿Es verdad? Habla, sabes que no soy un espíritu vulgar; que las preocupaciones del mundo no han maleado mi pensamiento. Tienes delante de tí á un hombre fuerte de cuerpo y alma, y si los grandes golpes que tengo sufridos no me han hecho vacilar, no ha de hacérmelo ahora la confesión de un delito, hecha por una mujer sin decoro; habla.

GABRIELA.—Pues bien, ni tú eres un espíritu vulgar, ni yo por mi parte soy una mujer rastrera; acepto, por lo tanto, las circunstancias, y miro



Postura de baile.



cara á cara el peligro, si le hay; oye pues; lo que dice la carta es cierto. ¡Mátame si quieres, pero ya lo he dicho!

GUILLERMO.—¡Pero si no es posible! Mi razón se niega á hacerte caso; me parece que tú, tú misma eres otra persona, la autora de esa infame carta, y que tratas de engañarme, de enemistarme con mi Gabriela, atribuyéndola una falta que ella no puede cometer ¿no es así? Di que nó, que has querido ponerme á prueba y que ésta ha sido todo lo dura que has imaginado, dílo.

GABRIELA.—No, Guillermo, te engañas, tengo un amante. Y es más: mi razón me dice que obro bien.

GUILLERMO.—¿Que obras bien?... ¿Estás en tu juicio?

GABRIELA.—Sí, las inicuas y estrechas reglas del honor y la aplicación que de ellas hace el mundo me condenan; la razón, y sobre todo el sentimiento humano me absuelven.

GUILLERMO.—No te entiendo, habla claro.

GABRIELA.—Es bien fácil. Cuando nos casamos, sólo sentíamos el uno para el otro mutua simpatía, ligero afecto; de ningún modo amor; celebramos nuestra boda porque así convenía á nuestros intereses. Tú, socio y sucesor de mi padre, al enlazarte conmigo te ponías al frente de nuestros asuntos y reunías en tus manos todo el capital de la casa, que de otro modo se hubiera disgregado ¿no fué así?

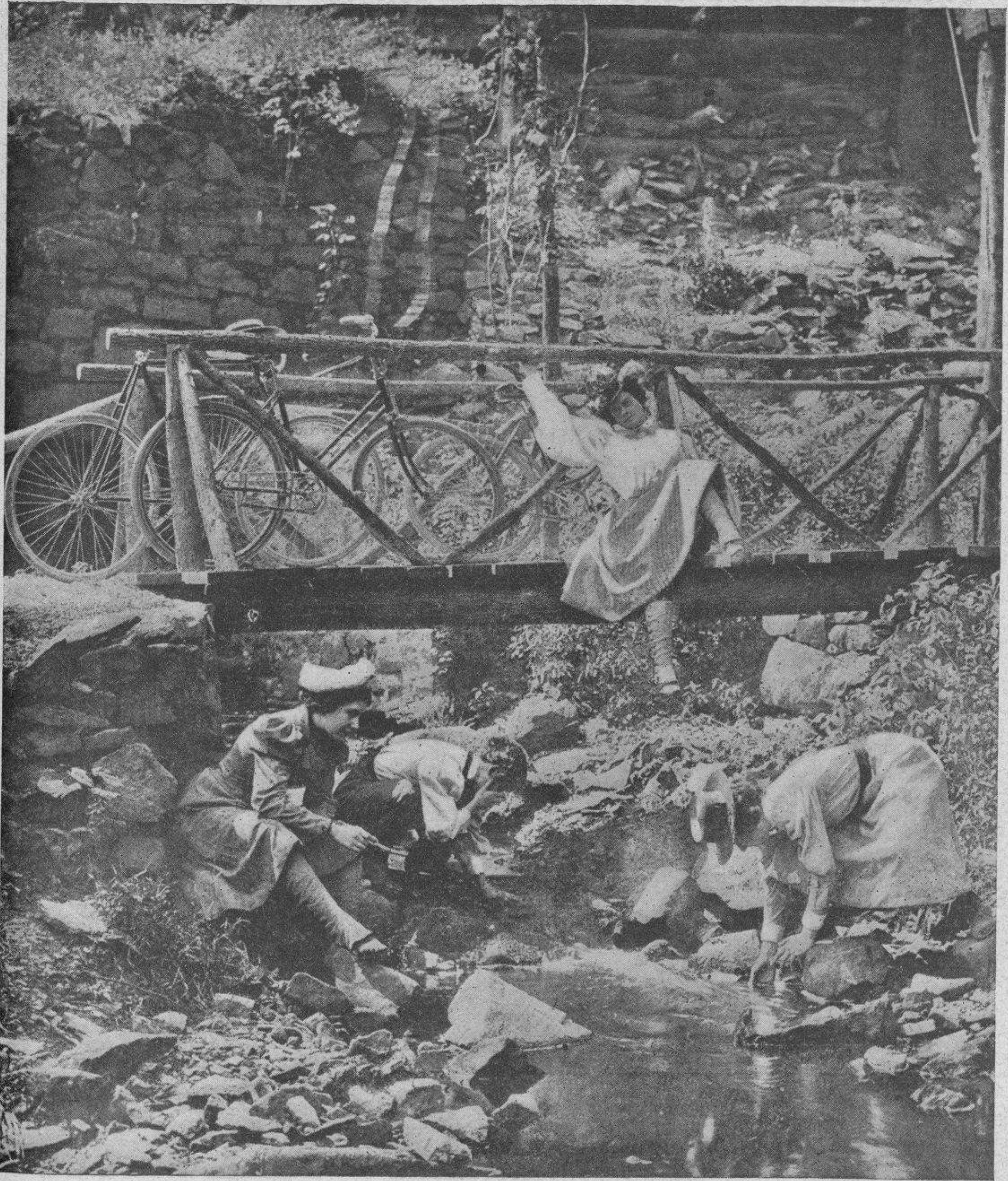
GUILLERMO.—Si bien es cierto que no te amaba con locura inspirábasme vivísima simpatía.



Amantes de la naturaleza.

Standara.





Al agua, patos.

Standard.

GABRIELA.—¿Y eso basta? ¿Crees que sólo ese sentimiento y la necesidad de unir intereses, podrían ser bastante y poderoso motivo para encadenar dos almas, cuyos anhelos y cuyos sentimientos eran distintos? No basta, nó; este fué nuestro primer error, fatal, lo confieso; pero tal vez hubiera sido el único, si tú y tu conducta no me hubieran fatalmente empujado y forzado á cometer otros.

GUILLERMO.—¿Yo?...

GABRIELA.—Tú. Entregado á tus asuntos, preocupado con tus negociaciones, no extendías la vista en rededor; me dejabas vivir á tu lado sin procurar entre nosotros esa igualdad de afectos

que tan necesarios son para dos personas que han de vivir perennemente unidos. Dejabas pasar el tiempo sin amoldarte á mis gustos, ni procurar que yo me asimilara á los tuyos; no veías en mí la esposa que había de compartir contigo penas y alegrías, sinó que era yo, durante el día tu socio, el continuador de la razón social de la casa, y por la noche tu compañera de lecho, cierto sí, pero no la mujer propia.

GUILLERMO.—Pero Gabriela, ni en mis actos, ni en mi manera de ser has hallado el más pequeño motivo...

GABRIELA.—Claro; nunca has hecho nada heroico; desde el primer día, has distanciado nues-



*La Saeta*

tras almas, aunque hemos juntado los cuerpos; y créeme, cuando estas dos cosas no marchan unidas, es muy fácil, facilísimo, que el divorcio de una de ellas arrastre á la otra. Eso ha pasado ahora, la barrera que moralmente levantas-te entre ambos, se ha agrandado, y ha sucedido lo que tenía que suceder.

GUILLERMO.—He sido afectuoso contigo, y mis ocupaciones...

GABRIELA.—No, los quehaceres y asuntos de un marido son respetables para la mujer; pero es cuando están cimentados en un cariño indisoluble, en una afección extremada, en un hogar íntimamente unido y en la más completa soli-

daridad de pensamiento. Yo era joven al unirme á ti; á poca costa, y robando á tus asuntos poco tiempo, hubieras formado en mí un alma gemela de la tuya; pero nó, nó había cuidado; la bolsa, las oscilaciones de un valor, te importaba mucho más que el satisfacerme un gusto ó complacerme un capricho. Cuando á mi lado te hallabas, venías á mí, nó como el marido que desea encontrar junto á la mujer amada expansiones para su alma, sinó como el socio que viene á rendir cuentas; nunca hablabas de nuestro amor, sinó de lo que nos había producido tal ó cual operación; sí, Guillermo, contigo se interesaba la cabeza; pero no el corazón. De



— Me parece que Baco debió ser el mejor de los dioses.



esta manera, poco á poco, me fui acostumbrando á vivir sin afectos, sin ideales. Y ¿quién sabe? tal vez hubiera vivido así siempre si la fatalidad, ó Dios tal vez—y no es irreverencia—no hubiera hecho que encontrara eso que á tu lado me faltaba; un alma igual á la mía, algo que despertara mis sentimientos de mujer, que me hablara de amor y no de dinero. Ya ves, esa fatalidad me arrastró á la culpa.

GUILLERMO —De manera...

GABRIELA.—De manera que ya lo sabes; ahora si como marido pretendes volver por tu honra, haz lo que quieras: estoy dispuesta á todo; pero si como banquero, no quieres hacer una mala jugada, deja las cosas como se hallan; maneja los fondos á tu antojo; compra, vende y decide lo que quieras sobre el dinero. ¡Ah! y puedes darte por muy contento; ¡cuántos de tus colegas, quisieran tener un socio tan complaciente como lo es el tuyo! ¿no es verdad?...

AGUSTÍN R. BONNAT



—¿ Pican, pican ?



## Planes, planes, planes

Bueno, no digo que la enseñanza esté en nuestro país á tal altura que pueda pasarse sin que los ministros de Fomento pongan en ella sus manos pecadoras. Digo pecadoras refiriéndome á las de sus excelencias, porque también aplico el mote á las mías, cuando de las mías hablo, y tantos dedos hay desde el pulgar al índice en unas como en otras: sobre que el más justo peca siete veces de sol á sol, según se enseñará ahora á cuantos frecuenten las aulas del Instituto, y los de Fomento serán más ministros, si se quiere, pero más justos, nó. Así, pues, como no incurro en descortesía calificando, en la forma que he puesto, manos tales, así mismo resultará doctrina herética considerar que dan quin-ce y raya al varón santo los que desempeñan una cartera, por el solo hecho de hallarse al frente de un ministerio. No; quiero ser mal criado ni incurrir en anatema, que no sé si resultaría excomu-nión mayor.

Digamos, en conciencia, que cada ministro de Fomento hace perfectamente en acomodarse á un plan de enseñanza, el que ellos imaginen á propósito para sacar triunfante su escuela y su intención; porque un ministro de Fomento viene á ser una especie de maestro mayor del reino y á cada maes-trico su librero, ya se sabe. Después de todo, por plan arriba ó plan abajo, no saben más ni menos los catedráticos, que á su vez tienen planes, y aun planas que enmendar. Como que cada cual ha hecho siempre mangas y capirotos de los textos, salvo honrosas excepciones. Recuerdo yo á uno que dió en tozudo y en liarse á moción limpia con la lógica. Todos los años sacaba su edicioncita á la calle, y para que la anterior no sirviese á los muchachos de su cátedra alteraba la definición, ó alteraba el programa, ó alteraba el enunciado: es decir, lo que alteraba eran los *voquibles*, y de ahí que, en fuerza

de purgas, ni Dios comprendía lo que allí se hablaba de Dios. De su gloria goza quien tal hizo, y no hay por qué marearle más.

¿Debe ser reformada la enseñanza? Sí. Paréceme bien, por tanto, que los ministros de Fomento no respeten la obra de sus antecesores. Y menos el que ahora actúa, puesto que pertenece á un minis-terio que, si no nos regenera, no será por falta de voluntad ni de propósitos. Si el señor Pidal ha creído que todo el mar eran latines ¿no daba grima ver que todos ó casi todos los bachilleres llega-ban á la universidad sin acordarse palabra de lo que se les había metido en el magín entre tacazo y tacazo de carambolas? Ya que no sirve para maldita la cosa el bachillerato, á lo menos que convierta á los estudiantes en hombres religiosos. No entenderán ellos, después de siete años lo que reza el cura en la misa, pero la oirán, que en lo presente se da el caso de que los más no la oyen. El señor Pidal ha obrado con indudable cordura en llevar el agua á su molino. ¡Qué! Ya le ayudó el anterior consejero y pertenecía á un gabinete liberal, con ribetes de pagano (política y artísticamente hablan-do, por supuesto).

¿El plan es desacertado? Para Pidal y para los suyos nó; para la enseñanza sí; pero al fin y al cabo los otros planes no iban camino de mayor acierto. El estudio del bachillerato será tan inútil en ade-lante como lo ha sido hasta aquí, y pata.

Quando yo estaba en el caso de estudiar latines y monsergas, de las que no entendía el catedrá-tico de retórica, por ejemplo, ni sus discípulos á quienes explicaba con el libro abierto de "par en par, tuve que componérmelas con el grado á despecho de mi padre, que no me quería bachiller. ¿Quién había de decirme cuando protestaba de la *tiranía* paternal, que si ahora me viese yo en el caso de dar educación á mis hijos repetiría la suerte negando en absoluto el permiso para la matrícula? Pero como *cambean* los tiempos y los *idus*. Entonces, del estudio del bachillerato, aunque *superfluo*, salían

bachilleres; ahora saldrán, á mucho salir, sacristanes, y para ese viaje no necesitamos alforja, porque sobra con repicar campanas. Entonces, el que salía estudioso sabía, y en el saber andaba á toda máquina de un ferrocarril; lográbale el bachillerato, no en cinco años, pero en tres, en dos, en uno: ahora el estudiante va en carreta, tirando como un buey durante siete, aunque Dios le haya puesto las alas de Pegaso en la fan-tasía y la naturaleza una dosis regu-lar de fósforo en el cerebro.

Y en esto es en lo que el plan con que nos brinda esta situación me parece fallido. El señor Pidal ya se ve á lo que tira, pero no dará en el blanco: si su célebre reforma no se malograre, que sí se malogrará (en cuanto venga otro maestrero, si no es antes, ya tienen ustedes el plan patas arriba) lo único que sacaremos en limpio es que los discípulos se aburran de machacar en hierro, y los padres de abrir el portamonedas. Pero ocurre más: ocurre que los tiempos son otros, que las ideas se han esparcido por los aires como los aromas del campo, y que los únicos que parecen no tragar el ambiente tibio de primavera, porque nó sé qué diablos de pulmones tienen, son los ministros de Fomento.

No pretendo que se estudie poco; por lo contrario, que se estudie mu-cho y que se enseñe bien; apriétese en todos los ramos del saber, que por ahí la cuerda no se rompe. Si viene un ministro de Fomento, con-venido nó de sus ideas, de su papel, y en lugar de poner trabas á la en-señanza la declara enteramente libre hasta el punto de suprimir los exá-menes parciales, y hacer que no sea médico, ni abogado, etcétera, sinó quien pruebe que lo es y que no va por el título, merecerá no una esta-tua, sinó que le coronen en vida. Entonces si que bajaría la estadísti-ca de empleados y políticos, porque de los Institutos, Academias y Uni-versidades no saldría un plantel de vagos; los que no sirvieran sinó para agricultores é industriales no se em-peñarían en saber sin estudiar. Ser-ían todos útiles á la nación.

## ¿Entonces?...

—¿Recuerdas?—Estabas sola, tu madre te dejó en casa pretextando cierta excusa por cierto, bastante rara. Tú te asomaste al balcón, me hiciste una señal clara, vamos, bastante expresiva para no mediar palabra. Y como cuando uno quiere atiende á lo que le halaga, deja escrúpulos á un lado, y se acomoda á sus ansias, acerquéme á tu aposento, dejaste la puerta franca y me senté, junto á tí, para gozarme en tu gracia, para leer en tus ojos, para aspirar la fragancia que exhalaba tu lindo cuerpo, más bello que la esperanza.

Luego la escena de siempre, que por sabida nos cansa, primero:—«Que si soy *eso*»; luego:—«Que si es una infamia» y después, en fin, después los suspiros y las lágrimas que resultan de cajón en actos de esa importancia... —¿Que yo falté?—No lo niego. ¿Que cometí grave falta? . . . Bueno, pues también lo admito; mas cree, linda serrana: la culpa, no es toda mía, que también á ti te alcanza. ¿Dime, pues, por qué me insultas? ¿Dime, pues, por qué me faltas? Reflexiona un breve instante, toma la cosa con calma, y verás que no merezco que tú me ofendas, gitana.

J. ENRIQUE DOTRES



SIGA LA DANZA

The Standard.

CLAK





## Cuento fastidioso, pero útil.

No sé cómo ocurrió, pero en fin, ocurriría como suceden todas las cosas en este mundo, así ó asá. ¿Llovía? Se me figura que lloviznaba; ¡calle, nó! ¡memoria te de Dios, hijo! pues raso no estaba tampoco. Vaya, decididamente llovía, y aun voy recordando que llovía á cántaros, porque el paraguas era inútil resistencia contra la furia del chaparrón.

El caso es, y es también á lo que voy, que me cobijé en la puerta de una casa, y que lo mismo fué guarecerme de la lluvia, que ver, ¡Santo Dios lo que vi! la criatura más hermosa, gallarda, ¡y perfecta, de cuantas mujeres habían contemplado hasta entonces mis ojos. La describo en un decir Jesús: alta hasta cierto punto, lo que significa que no era alta desmesuradamente, sinó guardando en todas las dimensiones de su cuerpo envidiable proporción de líneas, ¡cómo que estaba muy bien formada la cruz de la cintura á los hombros! tipo árabe, tez morena, pero morena de cierto modo, porque sin ser rubia la joven parecía blanca, ojos negros, rasgados, la cortinilla muy sedosa, los labios finos, sensuales, la boca abierta á los besos, á las sonrisas, al amor...

Toda esa pintura no la vi en aquel momento, aunque vi bastante á la luz de los relámpagos, entre otras cosas porque era noche oscura, y porque marcando el almanaque luna el municipio no encendía los faroles. Pero tuve tiempo de examinar todos sus atributos y perfecciones de allí á poco. La muchacha me invitó á cenar (advierito que el lance ocurría á eso de las ocho), y yo acepté, y no sonrían los maliciosos: porque ni ella cenaba sola, ni yo era hombre hecho á caerme en el plato; sinó que las galanterías enredan las palabras, las palabras enredan la voz, la voz enreda los sentimientos, y á lo mejor se encuentra uno cogido y enamorado antes de comer. Es el peor y más triste de los enamoramientos, porque es el enamoramiento sentimental.

Yo no sé si ella caería en el propio peligro; sé que venció mi débil resistencia con voz mimosa, y sé también que al más listo se la pegan tres veces cuando él menos se lo figura. Añadan ustedes que el enamorado no es listo, sinó tonto, y cuenta redonda.

Pasé, cené, estuve de sobremesa. ¡Ah! se me olvidaba (el dato es importante, pero también se me olvidó lo de la lluvia, y aun lo era más); la damita estaba casada. El marido era un capitán de caballería, arrogante, con muchos bigotes, fornido, gracioso, y de conversación culta y amena. Excuso decirles á ustedes, que no me escurri; siempre me han hecho poca gracia los chafarotes; pero en fin, como después de los entremeses, y de la sopa, y del primer cortadillo, se me apagó un poco el volcán del pecho, por exigencias naturales del pícaro estómago, y sentí no sé qué secreta irritación contra Marte, invoqué fervientemente á Minerva y desplegué en guerrilla una serie de ataques ingeniosos, que por venir de soldados invisibles, dejan siempre en mal lugar á la brillante hoja toledana. La venganza era pueril y á las doce tuve que abandonar el campo. El capitán me brindó su compañía, digo, su acompañamiento, y minutos después tomábamos coñac en el Suizo.

Lo bueno entra ahora; de sorbo á sorbo me dijo el huésped:—Dígame, ¿qué le parece mi mujer? —Guapa. (El capitán sonrió). —Pues hijo, crea usted que no sabría como agradecerle la merced, si frecuentase usted mi casa y consiguiese que ella le amase. Ya sé que le es usted muy simpático, porque ella le conoce y me ha hablado varias veces de usted.—¡Capitán!—No es chanza. Mire usted, amigo: esa mujer está locamente enamorada de mí, y crea que no hay martirio más insostenible. Que me quisiera un poco, bueno; ¡pero tanto! Ahora toda mi dicha la cifro en que ame á otro y no me ame á mí.

No he vuelto á ver al capitán, ni á la damita árabe. Pero desde entonces (y advierito que el esposo hablaba formalmente) me viene importunando esta duda:

—¿El amor es un bien? ¿es un mal? ¿La dicha de amar constituye la desgracia de ser amado?

Estimaré que me lo diga quien lo sepa, porque es tal mi perplejidad y tan grande mi susto que no me atrevo á querer ni á ser querido.

J. F. Luján.





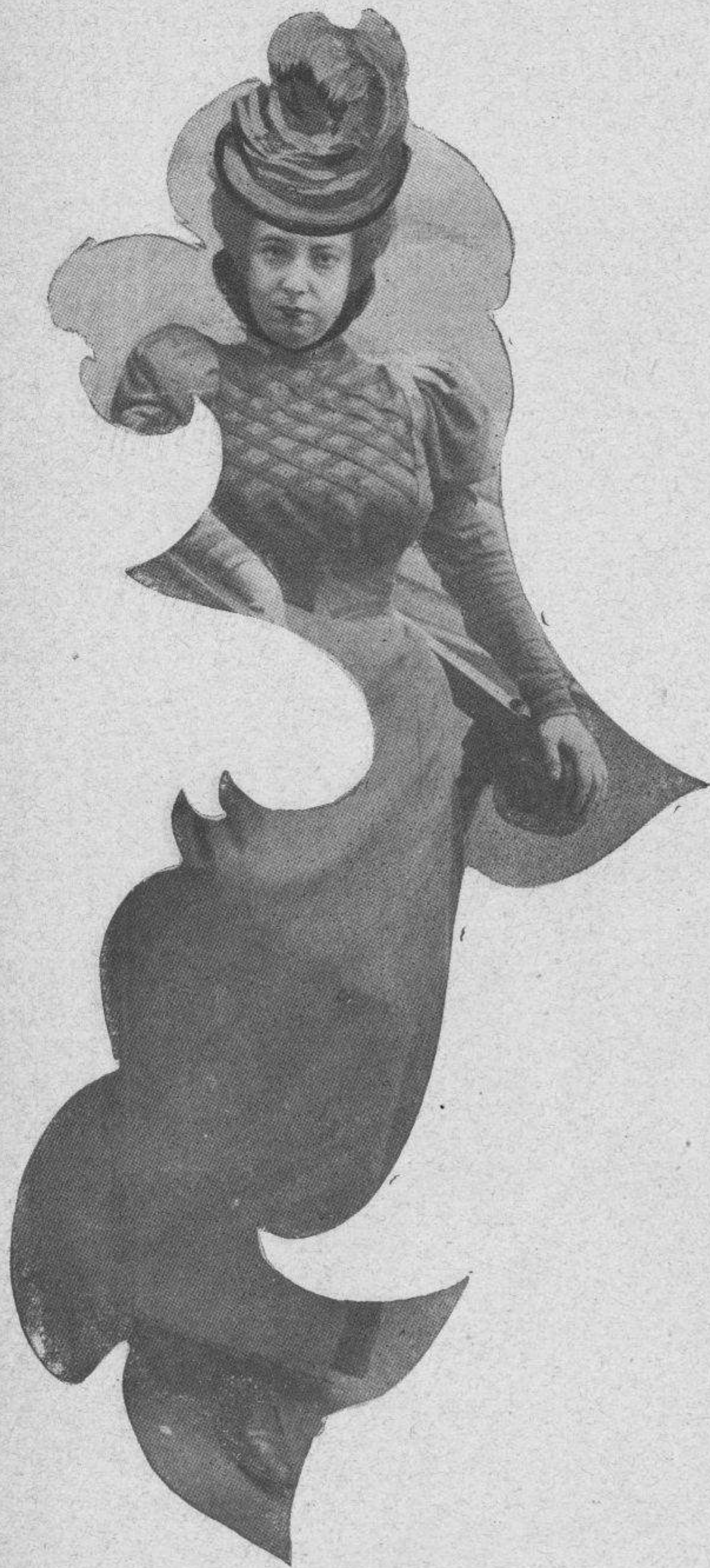
Hermanas Madcaps.

Stebbing



## Nos vamos acercando...

(Visión de lo porvenir.)



Si; fortuna tendremos en que desaparezc- para siempre. Y se irá sumido en pertinaz letargo, en sopor triste. Todos los horrores y las calamidades desaparecerán también; el número infinito de seres ineptos, que sólo sirvieron para difundir en todas partes la displicencia, la apatía y la ignorancia, caerán en eterno olvido; y entre tanto, provocará un movimiento grandioso la humanidad, rehae bilitándose, reconquistando sus fueros anta la civilización, y tomando su desquite contra sus enemigos, los ministros de la estupidez;

abriránse las puertas de un nuevo siglo que indudablemente vendrá inundado de luz, con todos los esplendores del progreso.

¡Oh! ¡pueblos! No creo equivocarme; vosotros seréis los primeros en reconocer que á este país, le hace falta una reforma radical; y de ahí nacerán los estudios y el verdadero amor á las artes y á las ciencias todas, al comercio y á la industria: dominará el genio, y entonces, el escollo que cien generaciones no han podido vencer, lo vencerán los ilustres de esa época cercana, en que regenerándose con talento todos los hombres, tendrá cada cual la recompensa que merezca. ¡Qué felicidad, la de reconocer en el ser, dotes y cualidades de sabiduría, que al fin han de elevarlo al pináculo de la gloria!

No deben ser pocas las novedades y sorpresas que nos esperan. Tengo para mí, que los genios por mucho tiempo olvidados, despertarán gratamente sorprendidos por los cánticos de gloria de esa nueva raza; y no será extraño que se improvisen grandes acontecimientos en honor de aquellos sabios.

¡Balzac! ¡Alfredo de Musset! ¡Flaubert! ¡Maupassant!... Espiritus portentosos impregnados de ternura y de sentimientos; no faltarán para vosotros gritos de entusiasmo, loores y grandezas que os han de elevar, al sitio más prominente...

Y los colosos del ingenio nacional surgirán también de sus rincones polvorosos; y los ilustres apellidos de *Espronceda*, *Becquer* y *Bartrina*, repercutirán con admiración por todas partes: que los cantos épicos, los pensamientos delicados de un alma apasionada, y el vate que sólo supo vivir para reflejar en sublimes versos las amarguras de la vida, vienen á ser el complemento de la poesía regeneradora.

*Nos vamos acercando...* ¡Quién sabe si algún día veremos al pueblo en masa, apoderarse de uno de los valiosos elementos que más haya contribuido con su talento al engrandecimiento de la patria, honrándola con el fruto de sus estudios vertidos en obras magistrales, para hacerle sentir en vida los efectos de la merecida gloria! Y qué de extraño tendría que al mismo Galdós (1) le ciñesen públicamente la corona de laurel, como emblema de una reputación perdurable al genio colosal del sencillo é incomparable literato. ¡Con cuánta justicia aclamarían todos al escritor insigne! Y á su alrededor ¡qué sonoros se dejarían oír los acordes de un sin número de orquestas, que en honor suyo ejecutarían la grandiosa marcha del triunfo!

Hermosa prueba de una nación bien regenerada, que sabría hacerse suyo al genio verdadero, concediéndole el gran premio, cuyo valor y estima desconócense aún...

(1) No es inclinación hacia *Don Benito*, porque igual respeto me inspiran los señores *Pereda*, *Valera* y *Menéndez Pelayo*.



He dejado libre mi imaginación y tal vez se notarán en alguna de mis ideas, defectos de conformidad, pero confieso ingenuamente que lo he pensado todo de corazón; y creo no estar muy desacertado en mis vaticinios, pues la época á que me refiero no está lejana, y pronto hemos de ver los resultados.

Y veremos también, si la historia se encargará de esculpir en oro estas dos cifras romanas: XX. Siglo de regeneración y adelantos, que han de constituir la felicidad del país, viniendo á ser la admiración y encanto de las generaciones futuras.

FRANCISCO COLLADO



A la pesca de cangrejos.





Delicias del campo.





El abrevadero.



Lévantose el muchacho de la cama sonriendo. Se enderezó con rapidez, refrescándose la cabeza en agua cristalina para mayor lucidez de sus ideas, y de un salto, ó dos, ó tres, llegó al grandísimo edificio donde se estudia la facultad de medicina.

Allí empezaron los abrazos y los recuerdos; las miradas enternecidas á los viejos muros olvidados durante tres meses; las consideraciones sobre los caracteres (irritables siempre, según los discípulos) de los catedráticos; las promesas sincerísimas de aplicarse en el nuevo curso; los saludos bochornosos á los bedeles: todo salía á borbotones de aquellas murmuradoras bocas, hasta que el eterno campanero de otras veces... tan, tan... tañía el bronce, para recordar á los estudiantes el cumplimiento de sus deberes.

Enrique, con su cara riente y felicísima, el estuche de disección sobre ambas rodillas, y encima el sombrero, juntos los pies y ademán, en general, muy compuesto y mesurado, se hallaba sentado en una de las graderías de la clase, con los ojos frente por frente á la reluciente calva del profesor, la cual calva, por lo espaciosa y pulcra, había dado margen, en cinco minutos transcurridos, á comparaciones y consecuencias más ó menos fieles y exactas, deducidas por algunos alumnos que sabían más de gracejo y *vis cómica*, que de las cuatro ó cinco veces aburridísima Anatomía.

Porque he de advertir que la bienandanza que respiraba por todos sus poros el Enrique de mi historia, era debida á que en aquel mismo día tenía lugar la apertura de curso, y con ella el ingreso del rapaz en el primer año de Medicina, que comprendía como principal asignatura la de Anatomía, lo cual deseaba él con ansia desde que empezó el primero de latín.

El señor catedrático tosió cuatro ó cinco veces, inclinó hacia atrás el cráneo pobre de cabellera, hizo una rosquilla con los dedos índice y pulgar de la mano izquierda, y empezó diciendo:

—Señores...

Y luego continuó con un discurso preliminar, que resultó pesada sinfonía, para demostrar las grandísimas ventajas de la ciencia médica, la nobleza de la Anatomía, y la conveniencia del trabajoso estudio, como único medio de llegar á tener perfecto conocimiento de la carrera á cuya licenciatura aspiraban los allí reunidos. «Por medio del estudio y la aplicación se llegaba á la verdad, á la sabiduría, al ansiado término, á las célicas mansiones donde reposa tanto y tantísimo hombre honrado, tanto serafín alado...»

—Y tantísimo catedrático pesado— como acabó un alumno, que tenía doloridas las mandíbulas á fuerza de bostezos.

El profesor de la calvicie, que empezó en tono de Virgilio y ya estaba en cuerda de Pindaro hubiera acabado por acometer á sus discípulos en un momento de paroxismo, si el bedel no llega á anunciar el fin de la clase.

Enrique salió del aula sin aprender nada nuevo; abrió el estuche de disección, para deleitarse en

la contemplación de los instrumentos de su futura profesión, y marchó gozoso hacia el anfiteatro, porque allí... allí estaba la ilusión de toda su vida, su patente de hombre hecho y derecho, su credencial de valiente y animoso.

Y cuando entró, descubriéndose respetuosamente por consideración á lo que, cubierto con un lienzo blanco, había sobre una mesa, y que á él se le antojó un cadáver, encontró á sus amigos, los estudiantes de segundo y tercero, con el sombrero calado, la chaqueta desabrochada, sentados aquí y allá en posturas groseras é impropias de personas bien educadas. Miró al paño de nieve con terror, creyendo que el muerto, debajo del sudario, agitaba la boca para murmurar frases de maldición. Aun vió más; uno de los compañeros le llevó cerca de la mesa y le dijo, levantando el trapo aquél:

—Vete acostumbrando, *pipiolo*, que de esto tenemos ración diaria.

El cuerpo desnudo; los ojos y los labios abiertos, sin una mano amiga que los hubiera cerrado; la frialdad general; la carencia de vida en aquel sér, poco antes animado en grado sumo por la preponderancia de la fiebre y de los dolores, le produjeron efecto tan desastroso, que recurrió á su palabra empeñada, para no quedar sobre el suelo tan horizontal como sobre la mesa estaba el cadáver.

Un toque de campana anunció nuevamente la entrada del catedrático en la sala de disección. Los alumnos se pusieron sus

blusas de faena, despojándose prontamente de chaquetas y sombreros, y en seguida el uno seguido de los otros, se dirigieron hacia la mesa. Hubo también su discursito ampuloso para compaginar la moral con la ciencia, haciendo ver que no era profanación la mutilación del difunto, toda vez que ello redundaba en interés de la humanidad entera; dió instrucciones el catedrático para que los escalpelos, sierras, pinzas y otros instrumentos punzantes y cortantes, se sujetaran *á modo de arco de violín ó de pluma de escribir*, pues que de esta manera se daba más fuerza é impulso al acero sobre la carne muerta; recomendó el que se fumara, para tener un constante desinfectante



Esperando órdenes.



en el local y... momento de sensación para Enrique descubrió el cuerpo rígido ordenando que salieran á relucir los estuches de disección.

—Usted va á hacerme el favor de hender aquí con el escalpelo; seguir en esta dirección, y cuando llegue usted acá, cerca de la nariz, se toma la molestia de avisarme. Animo y á trabajar porque el fallecido no muerde.—Dijo á un alumno el profesor.

—Usted...; aquel señor que está allí un poco retirado; empiece á cortar por el pecho para dejar bien al descubierto el interior del mismo. ¿Me entiende?

—Joven, joven; á usted que es de complexión delicada, le haremos criar biceps: con esta sierra va usted á empezar por aquí—y señaló una línea imaginaria por encima del empeine—y cortará con pulso firme, cuidando de no estropear el tarso porque le necesito entero.

Esto último iba dirigido á Enrique.

El mancebo dentelló; perdió ánimo en el corazón y color en los pómulos, y cuando cogió la sierra y acomodó los dientes de ella sobre el pie, tanto temblaba su brazo que, de seguir, hubiera destrozado seguramente el tarso.

Pero no pudo; su palabra no fué cumplida y sus protestas de bravura resultaron vanas, porque asir el pie del cadáver con la mano izquierda, sentir el frío de la muerte en su piel, forjarse la ilusión de que aquél le miraba con ojos rabiosos y caer en el suelo desmayado, tode fué uno.

Maestro y alumnos abandonaron al no viviente por el que vivía, y, á fuerza de sales y de frotamientos, después de hora y media de sopor, volvió en sí el mozo.

—¿Tanto miedo tenía usted?—le preguntó el catedrático solícitamente.

—¡Parece mentira!...—arguyó por lo bajo un condiscípulo, apodándole con un mote ofensivo.

—¡Jesús, qué soñorita!—dijo otro, en voz más recia.

—¡A la calle, con ese *ratoncito Pérez!* ¡No sirve para médico! ¡Qué se dedique á madre de familia! —Vociferó sin caridad la cátedra en masa, no respetando los ruegos y las amenazas del profesor.

—¡Oh! á la calle nó, porque todavía tengo la sierra en la mano y al que trate de obligarme le daré de firme. No he sentido miedo: sí sólo respetos y consideraciones á quien yo creí deber tenerlos; pero no siendo así, desde ahora me ofrezco como el discípulo más arrojado de todos... Señor catedrático, ¿quiere usted darme un escalpelo y encomendarme el estómago de *ése?*—Así dijo Enrique, con la cara amarilla por efecto de mil encontradas pasiones que le bullían de cutis adentro, señalando el cadáver.

Y temblándole el pulso de miedo, pero con los ojos chispeantes de placer *científico*, sin mirar á la cara del muerto, porque tenía la certeza de que le increpaba, trazó profunda fisiculación en el vientre, hasta hacer salir una tufarada de gases...

—  
Cuando llegó á su casa, acostóse y estuvo una semana con fiebre, delirando continuamente y pidiendo auxilio contra un espectro que le acosaba en sus negras pesadillas.

Pero volvió al anfiteatro, perdió aquel horror á la sala de disección, olvidó su hemofobia de antes, y dicen que hoy es un cirujano hábil, que taja con el bisturí trozos de carne viva con una sonrisa eterna y una seguridad admirable. Más que un prosaico médico de la tierra, parece un patriarca del cielo inspirado por Dios.

MARTÍN DE LA CAMARA

## ¡ Ven !

¿La ves? Aquella casa tan pequeña,  
rodeada de acacias y naranjos,  
la mandé construir para que juntos  
estemos en el valle solitario.

Allí no llega el ruido bullicioso,  
que en las grandes ciudades escuchamos,  
ni el fragor de la lucha fratricida,  
ni el reír de juglar infortunado.

Allí tranquila el alma se recrea  
con aquel himno inmenso de los campos,  
y pueden escuchar nuestros oídos  
del mar y de la selva dulces cantos.

Desde que luce la temprana aurora,  
hasta que el sol se oculta en el ocaso,  
las aves en alegre algarabía  
nos regalan con trinos delicados.

Más tarde, cuando el cielo se obscurece,  
las brillantes estrellas enseñando,  
nunca faltan las dulces melodías  
del cantor de la noche enamorado.

Verás que dulce es ver pasar las horas  
recorriendo aquel valle solitario,  
envuelto por los mágicos perfumes,  
del jazmín, de la acacia y del naranjo.

Verás como allí sienten nuestros pechos  
con más vigor; verás con que entusiasmo  
tus ojos mirarán los ojos míos,  
mientras amor eterno nos juramos.

¿Qué saben esas gentes que se agitan  
con saña fiera haciéndose pedazos,

lo que es vivir? ¿Qué saben los que el mundo  
quisieran gobernar con torpe mano?

¡Necios los hombres que gozar pretenden  
y, sin darse momento de descanso,  
trabajan con afán para oprimirse  
y sujetos están á los más bárbaros!

Vente conmigo, vente, si tranquilos  
pretendes que queriéndonos vivamos  
sin que sienta ninguno nuestra dicha,  
ni se alegren al vernos desgraciados.

Podremos desde allí, los dos unidos,  
en las tranquilas noches de verano,  
amar á Dios y, henchidos de dulzura,  
entonar en su honor ferviente canto.

Podremos en la fuente cristalina  
saciar la sed. Con tus preciosas manos,  
regarás el jardín y así las flores,  
se multiplicarán para agradarnos.

Pasaremos las horas de la siesta  
debajo del magnífico emparrado  
hablando de las uvas, de su zumo  
y de los versos del divino Horacio.

Vente conmigo, vente y no te canses  
tan pronto de vivir; ven á mi lado,  
y verás que felices nos sentimos,  
en aquel verde valle solitario.

Verás como allí, sienten nuestros pechos  
con más vigor; verás con que entusiasmo  
tus ojos mirarán los ojos míos,  
mientras amor eterno nos juramos.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ



# MISCELANEA

¿Existe la masa neutra? Nó, porque si no vota conmigo es evidente que vota en contra mía aunque no deposite el voto. La masa neutra, no tiene nada que ver en este caso con *lo neutro*. Figuradamente, sí, puesto que sirve para desvirtuar el efecto que debieran producir las elecciones.

(Idea de un candidato derrotado, pretendiente á la Academia.)

Juan y Juana contentos se casaron,  
y Juana y Juan tan bien se comprendieron,  
que Juan y Juana al cabo se amoscaron  
y Juana y Juan á palos anduvieron.

Quien busque á lo del palo paliativo,  
¿me negará que dar huele á dativo?

Quisiera, decía don Pánfilo, conocer un país  
donde nadie se muriese: allí iría á acabar mis días...

Un andaluz se trabó de palabras con Mr. de Treville, comandante de mosqueteros, resultando un desafío. El francés le desarmó y le perdonó la vida.

—¿De qué país ez zu merzé? le preguntó el andaluz.

—Soy del Bearn.

—Entonzez no ez eztraño que zea zu merzé tan valiente, puesto que ez zu merzé de la frontera de España.

Tu madre cuando se muera  
irá á la Gloria, lucero,  
¡que á quien buenas obras hace,  
Dios le premia con el cielol!...

Unos pescadores que tiraban la red desde la playa, sintieron un gran peso, y creyendo que sin duda iban á sacar el cadáver de algún hombre ahogado, mandaron llamar al alcalde para que estuviese presente al sacar la redada. Sale la red, y se encuentran con la calavera de un jumento; y dijo entonces un pescador:

—Que vaya uno á casa del Alcalde y que le diga que no venga, porque es un burro...

A la devota Juliana  
dióle un atrevido un beso,  
y ella castigó el exceso  
con la humildad más cristiana  
diciendo: — Aunque me mancilla  
imitar quiero al Señor,  
¡repita usted, por favor!  
¡¡aquí está la otra mejilla!!...

A. A. M.

El conde Luis de Narbona, uno de los personajes á quien quería de veras Talleyrand, paseaba con éste, por los Campos Eliseos, de París, recitándole versos que había compuesto.

Habiendo notado Talleyrand que uno de los que transitaban por los mismos jardines no dejaba de bostezar, dijo al conde:

—¿Quiere usted creerme? —baje usted un poco más la voz...

La instrucción pública tiene aun mucho que adelantar.

Un campesino de Coin servía no ha mucho de modelo á uno de nuestros pintores y se colocaba en un sitio donde los rayos del sol le herían en pleno.

—Póngase usted á la sombra,—le dijo el pintor.

—No,—le contestó el campesino con un airecillo de seguridad.—Yo soy como los protestantes: adoro al sol.

## CHARADA

Cuatro letras mi *primera*  
y dos tan sólo mi *dos*  
y es mi *prima* igual á *Todo*  
aunque parezca que nó.

F. JOTAPE.

## Charadas eléctricas

*Prima*, mar, dos tres, río, *Todo*, = población.  
Castillo, letra. . . . ., » = animal.  
En geografía, letra, nota, » = nombre de mujer.

Tiempo de verbo, tiempo  
de verbo. . . . ., » = sustantivo.

Tiempo de verbo, artículo, en geografía y  
adverbo. *Todo*. = Nombre de varón.

J. VIDAL FERNÁNDEZ.

## Embuchado literario

SEAN SIEMPRE BASTANTE PIADOSOS  
A TANTOS MARTIRIOS

Sáquense letras hasta dejar las precisas, para que sin alterar el orden, dé el nombre de una comedia de Vital Aza. Ninguna palabra puede suprimirse por completo.

CANDILEJA.

## Jeroglífico comprimido



A. P. GARBAYO.

## ROMBO

X  
X X X  
X X X X X  
X X X X X X X  
X X X X X  
X X X  
X

Substituir las X por letras, de forma que leídas vertical y horizontalmente, resulten: 1.ª, consonante; 2.ª, apellido de un novelista francés; ter-



cera, en las cartas; 4.<sup>a</sup>, joya; 5.<sup>a</sup>, nombre de mujer; 6.<sup>a</sup>, tiempo de verbo y 7.<sup>a</sup>, vocal.

ANDRÉS DONATO PÉREZ.



Soluciones á lo insertado en el número anterior:

CHARADAS. — Romero; Noventa.

EMBUCHADO LITERARIO. — La verdadera tía Javiera.

CRUZ. —  
 RE  
 EM  
 REGINA  
 EMILIA  
 NI  
 AA

LOGOGRIFO NUMÉRICO. — Gumersindo.

TARJETA. — El soldado de San Marcial.

### Correspondencia

R. F. G. — Por falta de atrevimiento y desahogo no se perderá usted, querido. Me manda usted unos versos que, además de malos son peores y además de peores inocentes, y añade que le gire su importe. Se me figura que, si no almuerza usted hasta que los periódicos paguen sus escritos pronto aventajará usted á Succi, y á todos los que han intentado tirar de la vida sin comer. Dedíquese usted á plantar coles, que es ocupación más provechosa, por aquello tan sabido de que entre col y col, lechuga.

Candileja. — Se publicarán. Gracias por su atención.

C. M. D. — «Sea usted indulgente y compasivo con este pobre aficionado á las musas», me dice en su carta. Veamos:

«Por el balcón de oriente  
 se asoma el sol muy diligente  
 para contemplar tu rostro muy hechicero,  
 y yo le sigo rastrero,  
 pero él es más felice que no teme  
 que la sangre le requeme  
 la figura del portero.»

Y usted quiere vengarse en los lectores de las hazafias porteriles requemando con sus versos la sangre de quien sufra el chaparrón idílico de doscientas rayas cortas, todas á tenor de lo que va expuesto.

K. Lamar. — Nó, señor; no son *atmisibles*.

T. N. S. — Va de musas.

«Tengo una pena escondida  
 y no la puedo decir,  
 porque me cuesta la vida  
 y me pongo á mal parir.»

«Le mando á usted como muestra ese cantar, rogándole que me diga si conseguiré que me alimenten las musas.»

¿Pero usted qué se figura que son las musas? ¿rosquillas?

I. C. — Entran en turno.

Alcibiades. — ¡Arre allá, asquerosol

N. C. de P. — Me dejo cortar un dedo de la mano, si entiende usted mismo la solfa de su «composición». Por ejemplo: «Cántico sobre sublime conciencia tenía en esperillada faz...» ¿Sí será ¡cielos! la aurora de un *ismo* nuevo? ¿Vá usted á fundar escuela? Lo bueno está en que la carta la escribe usted en cristiano, y luego cuando se pone usted á la faena se olvida hasta del bautismo.

Pacífico. — Con franqueza, el *Idilio* es muy malo. Lo otro irá.

R. G. — Nó señor, no rechazo nada por sistema; de modo que si lo que se sirva mandarme es oro de ley, de buena calidad y está como Dios, las leyes y el arte mandan, tendré mucho gusto en publicarlo. Celebro que se lo hayan alabado *tantísimo*, pero le advierto que yo no hago caso de alabanzas ajenas, y que el crítico ese que me cita, aunque muy culto es á ratos muy guason. En fin, venga lo que anuncia y veremos.

Linco. — Todo menos un comprimido.

E. A. — Irá la tarjeta, pero... tardará algún tiempo.

Mefistófeles. — No por Dios, *Acrósticos*, no...

Capuchón. — La charada, está muy mal versificada. Utilizaré el resto. Agradecemos sus ofrecimientos, pero no podemos admitirlos, por tener ya redactor encargado de ello.

V. L. — Creo haberle contestado á usted hace dos números, aunque no recuerdo si por no entender la firma, pues no guardo el original, saldrían las iniciales equivocadas. Decíale que con todo mi sentimiento era imposible complacerle. Y así es; ni puedo aceptar su ofrecimiento ni puedo otorgarle lo que pide. Las composiciones que me ha mandado son muy flojas é incorrectas.

R. P. de O. — No lllore usted tanto, que no van á quedarle lágrimas para cuando se le muera algún sér querido de la familia.

H. J. — A usted le conozco no sé por qué... Sí, por lo pelma.

P. N. A. — «¿Qué es la vida?» Eso digo yo: ¿qué es la vida? Un hueso muy duro de roer para los *vates idos*. Olvide usted *definitivamente* sus aficiones poéticas, si quiere usted seguir un consejo amistoso.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

# LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia  
 al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

◆ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ◆

España y Portugal, semestre. . . . . 6 pesetas.

Año. . . . . 11 »

Extranjero y ultramar, un año. . . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

**48 HORAS**

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre



PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.









20 cents.

Núm. 447



